

En la muerte del pintor extremeño, DON ADELARDO COVARSI

Dedicatoria

Jinete en yegua de polvo,
con huracán de luceros
te fuiste por las llanuras
que hacen lejanos tus lienzos.

Tus cuadros tienen un pozo
para mirar el Ensueño.

Como la sombra pálida de un ala,
tus manos se durmieron
en el regazo místico del alba

Las llanuras Extremeñas lloran por tus pinceles,
tus manos han captado sus flechas deshojadas,
esas honduras de un cielo a ras de tierra
con los pasos del hombre que se cansa y se cansa.

Y una hoja de otoño se cayó de tu pecho
y un ala de murciélago oscureció tu casa;
se cerraron tus ojos en la flor del paisaje
donde siembra la luna sus espigas de nácar.

Te fuiste de la vida como la mariposa
que flotaba Noviembre en la piel del Guadiana,
como las lejanías de los campos quemados
con los ciervos de polvo sobre la tierra parda.

Te suspiran las nubes como vientres ahogados
en las negras tormentas que tus manos pintaban,
te suspira la brisa con sonidos de galgos
y en los montes del sueño calla el cuerno de caza.

Y el crepúsculo sabe de tu color sonoro,
las encinas te sueñan, los cazadores callan
y la trompa se quiebra por tu silencio oscuro,
tu horizontal silencio que ya no dice nada.

Y suspira el otoño, pero quedan tus cuadros,
tu eres polvo de luna, horizonte de acacias,
pero quedan tus lienzos saturados de vida
y *Extremadura grita en tus cuartillas blancas.*

MANUEL PACHECO

Acebo⁽¹⁾

A mi padrino Aurelio García.

AL N. O. de la provincia de Cáceres, límite con Salamanca, se encuentra el pueblo de Acebo. Las faldas de una colina lo sostienen, casi sujetan. Elevadas Sierras cercan su término, convirtiéndolo en especie de recinto amurallado, poniendo barrera a las comunicaciones. Los caminos de herradura parecen enredaderas que penosamente van ascendiendo, para bajar en rápida y cortada caída.

Con Villamiel y San Martín lo comunican estrechas veredas, cortadas por precipicios, entre castaños y robles, atravesadas por regatillos de agua de sabor agradable, que invitan a hacer un alto en el camino, impuesto por la fatiga del duro caminar.

Una carretera lo comunica con Hoyos y otra con el Puerto de Perales, que une Cáceres con Salamanca, por campos de pino, tomillo, jara y madroños.

Jálama limita el término con Salamanca. Eleva su gran mole rocosa 1.450 m. sobre el nivel del mar. Casi todo el año está cubierta con bonete de nieve, o envuelta en gasas de niebla. En su cima se ven las ruinas de una ermita que los creyentes olvidaron y los elementos no respetaron.

Sus riscos se ven animados por grupos de excursionistas de los pueblos cercanos. En verano la temperatura de su cumbre es ideal. Desde lo alto de sus picos graníticos la vista se extiende por paisajes variados. Tierras secas, arenosas, polvorizadas, de Cáceres y Castilla. Quebradas de variada vegetación, ricas en colorido, las de Sierra de Gata. Con pueblos pequeños de apretadas casas, color tierra, las portuguesas

La Tradición nos ha transmitido leyendas y hechos relacionados con su explotación minera. Los moros arrollados por el avance de la Cruz, lamentan el abandono de tan rica región. Dirigiendo su mirada a Jálama exclaman:

«Jálama, Jalamita
no lloro por ti
sino por la plata y oro
que queo en ti.»

Expresión que no brota de un fondo lírico al perder sus bellezas. Nace de fuente materialista, al ver como pasa a otras manos los

(1) El presente trabajo es un resumen del capítulo primero de la obra inédita del autor «Primer Conde de la Cañada», en la cual figura la foto del «Cordero Bendito».

metales preciosos, tras los que se va el deseo, por impulso avaro de poseer riquezas.

Los viejos del contorno, agobiados por el peso de los años, que pretenden sujetar con endeble cayada, con voz temblorosa, respiración contenida, describen, localizan en Jálama, tesoros escondidos bajo piedras señaladas con misteriosos signos.

Envueltos en tinieblas de noche, silenciosos, con aires de misterio, escalando rocas, sorteando abismos, en cortejo de aventura y codicia, pala y pico al hombro, iban en alas de ilusión a arrancar a la tierra las riquezas que creían guardaba en el arca de sus entrañas.

Casi siempre tras duro trabajo, en vez de deslumbrarse por resplandores de oro y joyas, se veían cegados y oscurecidos por la negrura de la desilusión.

Al N. del término municipal, a unos 8 km. aproximadamente, hay una montaña de importancia, llamada Cervigona. Aprovechando la caída natural de las aguas, fué instalada una central eléctrica, que suministra fluido a varios pueblos del partido de Hoyos.

El paisaje de Acebo es análogo, con ligeras variantes, al de los pueblos que con él forman la Sierra de Gata.

El castaño corpulento forma bosques. Entrelazan sus ramas en tupido y verde techo, bajo el cual es agradable el reposo. Invita a la meditación su soledad, turbada por el canto musical del ruiseñor o jilguero, o por grupo que se sienta a merendar sobre mantel que con florecillas tejieron las vaporosas manos de las hadas de la naturaleza.

El olivo es de gran altura. Tiñe zonas extensas con verde oscuro. Sus troncos, algunos centenarios, se elevan retorcidos, desgarbados, agrietados.

Se emplea el vareo para caer la aceituna, que es recogida por mujeres y mozalbetes.

Parte del término está cubierto por escobas de gran tamaño, to-millo y jara. Esta zona de escasa riqueza, es aprovechada por el cabrío, que de roca en roca salta buscando el sustento.

El agua pura, fría como el aire de sus cumbres, cristalina y abundante, baja saltadora, bulliciosa, riente, en lecho de espuma, fertilizando, hasta convertirse en sabrosos frutos.

Atraviesa el pueblo el río Acebo o arroyo del Caín. El término está regado por varios regatos, algunos con nombre de origen árabe, el Caíd y el Caicito.

Individualiza el paisaje de este pueblo, los naranjales. Enmarcan las casas con el verde de sus hojas, bañándolas en aromas de azahar. Ocupan las mejores tierras reemplazando a las plantas hortícolas, cuyo cultivo casi ha desaparecido. Su fruto es abundante y de gran calidad. Con mejores y más baratas vías de comunicación, podrían competir en los mercados nacionales.

Típico de la artesanía de Acebo, son los encajes. Al acariciar el Sol las calles, con sus primeros rayos, baña el rostro, nieve y naranja, de sus mujeres. Se sientan en sillas bajas, o en poyos de piedra frente a sus hogares. Risas, cantos, comentarios del que cruza la ca-



«El Cordero Bendito». Acebo

Ile con paso rápido, para salir cuanto antes de la jurisdicción del jurado femenino. Sus dedos al compás de música de bolillos, con velocidad vertiginosa, van entrelazando los hilos, con maestría insuperable en bellísimos encajes.

Se desconoce la fecha exacta en que empezaron a confeccionarse estas labores. Como la mayoría de los fenómenos históricos, cuando surgen en el plano de la realidad, lo hacen tenuemente, con tal debilidad que no imprimen huella en testimonio alguno.

Los ancianos de la localidad dicen que de antiguo se hacen estas labores. Con referencia tan vaga es imposible fijar el momento en que las mujeres comienzan a dedicarse a tan bella y entretenida actividad.

Una tradición, con visos de certidumbre nos explica lo que la historia escrita silencia. En el 1508 comienza a edificarse la iglesia. Para tomar parte en las obras, vienen canteros especializados de las verdes y brumosas tierras gallegas. Su trabajo iba a durar largo tiempo. Esto los obliga a traer a sus familias. Las esposas e hijas mayores, ocupaban sus horas de descanso en el manejo de los bolillos, saliendo de sus manos encajes, que pronto despertaron la admiración de las acebanas. La curiosidad se traduce en deseo y en seguida las veremos dedicadas afanosamente a aprender las labores de las esposas de los canteros.

Comenzaron las personas acomodadas de la localidad, considerando el trabajo como de lujo. El fin que se proponían era obtener encajes para realzar la belleza de sus equipos de novia.

Hacían deshilar y labores de gancho, que más tarde habían de reemplazar, casi anular, las de bolillos.

Sobre la almohadilla, blanca como nieve, no había dibujo, al que debían ajustarse. Los hilos trenzados sobre pergamino, iban haciendo la labor, guiados exclusivamente por la imaginación de la ejecutora.

El número de bolillos invariable. Comenzaban y terminaban los encajes con la misma cantidad. Eran de orilla recta. Empleaban el hilo blanco puro, por lavar lo llaman en el pueblo, que había sido hilado en el mismo.

Siguiendo un normal proceso evolutivo, se van perfeccionando. No limita sus bordes la recta. Terminan en la forma apetecida. Se combinan los colores en alegre conjunto. El número de bolillos se aumenta o disminuye según lo exige el dibujo a realizar.

En 1770 deja de ser ocupación de potentadas. Los hacen todas las clases sociales, con un fin comercial. Su corriente, siguiendo una constante que se observa en todas las épocas, se proyecta hacia los limítrofes pueblos castellanos. «El Charro», es el primer consumidor. Lucirá en sus camisas, adornando cuello, pechera y puños, los «galones» en apretados rizados.

En los comienzos del siglo XIX, los encajes se hacen sobre pergamino con carácter litúrgico. Son numerosos los zamoranos, leoneses y burgaleses que vienen a Acebo a marcar su famosa aceite. Al mismo tiempo adquieren labores para sus catedrales e iglesias.

Acebo está presente en Castilla, contribuyendo al culto divino, proporcionando aceite para sus lámparas, vino para consagrar, adornos para sus altares y ropas sagradas.

En 1890 toma mayor incremento esta industria artesana y pueden presentar sus labores en un amplio mercado.

Los encajes son fuente de riqueza. Las mujeres en entretenido quehacer obtienen ingresos de consideración. Sin abandonar el hogar, aportan a él ayuda para alivio de las cargas familiares.

En Acebo se conserva una fe tan recia como el granito de sus rocas. Con sencillez y espiritualidad se celebran las fiestas religiosas. Es hermosa y emotiva la procesión de la mañana del Viernes Santo. Desde el templo parroquial se dirige al Calvario. Van rezando el Vía-Crucis, por calles y campos, de naranjo y olivo, ante estaciones señaladas con grandes cruces de piedra. Llevan una imagen del Nazareno, con la cruz a cuestas, «El Cordero Bendito», de gran mérito artístico, y otra de La Dolorosa, moderna talla que luce rico y precioso manto, que la piedad de D. Primitivo Hortigón, puso sobre su cabeza virginal. Concorre a ella todo el pueblo entonando cantos de perdón y penitencia.

Los pueblos de Sierra de Gata desconocen el latifundio. La mayoría son propietarios de casa y huerto, que cultivan con el mayor esmero. «Dadme la posesión pacífica y segura de una y terminaré por convertirla en un jardín».

No ansían salir de su campo. Están fuertemente ligados a él, por el recuerdo de sus antepasados y los suyos. Cada sitio, cada lugar, le habla de algo que forma parte de la historia de su vida. Si una causa mayor los aleja, sienten la nostalgia de ellos y desean volver lo más pronto posible. Esta tónica general del carácter serrano, no se presenta tan acentuada en Acebo.

Sus cultivos, olivo y naranjo, exigen labores que se reducen a cortos periodos del año. El resto, los hombres no encontrarían ocupación. Esto influye en el gran desarrollo de las labores de encaje y en que familias enteras abandonen el pueblo, para ofrecer éstas, por toda España, huyendo de la ociosidad.

Las casas de Acebo, son en su mayoría, de tres pisos. Bodegas, vivienda y desvanes. El granito se emplea en su construcción. Interiores divididos por tabiques de barro, lucidos con cal. Al exterior lucen sus fachadas de cantería labrada, ornadas algunas por escudos, entre ellos, el del Conde de la Cañada, y el de los Rodríguez de Trejo. Otras casas, presentan paredes de piedras pequeñas, unidas con barro.

Cuando España ardía en amores redentores y la fe impulsaba a los españoles a realizar epopeyas de heroicidad y grandeza, Acebo sostenía varias ermitas. Del Cordero, convertida en cementerio; hoy solar abandonado. San Blas, Santa Bárbara: Los Dos Santos, arruinadas en los cien últimos años, y la del Cristo que Madoz la reseña destruida en 1846.

En la actualidad está abierta al culto una donde se venera el Nazareno y la Dolorosa.

Ruinas, mejor dicho el recuerdo, nos señala junto a la fuente Loca o Santa, el emplazamiento del convento de franciscanos observantes bajo el patrocinio de Santiago.

En la visita que le hace en 1 de Febrero de 1825, fray Casiano Hernández Agero, colegial mayor de Alcalá, rector jubilado, custodio y ministro provincial de la santa provincia de San Miguel sobre el Tajo, ordena que por hallarse arruinado el convento, se traslade el protocolo a Hoyos.

La Iglesia Parroquial de Acebo está colocada bajo la advocación de Nuestra Señora de los Angeles. Es a mi juicio la mejor del partido y una de las mejores de la diócesis.

Tiene una sola nave, amplia, de gran altura, tal vez atrevida si la comparamos con las dimensiones de la base. En sus muros se abren tres puertas. Una, la principal, en la plaza Mayor. Es del último periodo del Renacimiento, año 1759. Sigue las características de Juan Bautista Toledo y de Herrera, austeridad, reposo de espíritu, predominio de la recta. De las otras, la más bella, es la que está en la parte de la Epístola, por donde entran las procesiones de Semana Santa.

Comenzó a edificarse el templo a principios del siglo XVI, según la inscripción que hay en el Altar Mayor, lado del Evangelio: «Comenzóse esta iglesia año 1508. Consta del letrero antiguo».

La sacristía está sin terminar. Es un cuadrado de 7'5 m. de lado. En ella hay una imagen de la Virgen del Rosario, talla de madera, sentada. Mide 1'25 m. Sujeta con la izquierda un Niño Jesús, que no debe ser suyo, a juzgar por la calidad del mismo, inferior en mucho a la de la Virgen. Estaba retirada del culto y me hizo reparar en ella, el señor cura párroco D. José Porras entusiasta de la historia y el arte.

El Altar Mayor, bella joya del Renacimiento. Hay otros de la misma época de menor tamaño e importancia. Tiene varias imágenes en madera de gran mérito artístico. Es obra de Alonso de Balbás, que en 1650, hizo las tallas de coro de la iglesia de dominicos de Salamanca.

Tiene varias pinturas, dos de ellas de Pedro Córdoba. Es una tabla que representa el entierro de la Virgen, en ella se lee borrosamente, Pedro año 1634. El mismo pintó en la iglesia de Gata, recibiendo por su trabajo 9.876 maravedís.

Pedro, natural de Córdoba, pinta un retablo en la catedral de esta ciudad. En él figura la siguiente inscripción: «Acabóse en veinte días de Marzo de mil cuatrocientos setenta y cinco años». En la parte superior de una figura que viste hábito blanco se ve: «Pedro de Córdoba».

Comparando esta fecha con la de Acebo, vemos que las separa 159 años, por lo que se puede afirmar que no es el mismo el que pinta en este pueblo y en la ciudad de Córdoba.

En la parte baja del Altar Mayor, lado de la Epístola, hay esta inscripción: «Acabóse este retablo en X de Agosto año 1634».

J. Picazo, en 1892, construyó dos altares a los lados del Mayor, que restan belleza a éste. Por la misma fecha se pintaron cortinas a

los laterales del Cristo Crucificado, que remata el retablo, que producen un efecto antiestético... Estas deplorables reformas, en unión de la de cambiar el púlpito de piedra por uno de barras de hierro, cortar las escaleras de acceso al Retablo Mayor, para colocar una balaustrada del mismo metal y vender la trompetería del órgano, fueron graves ofensas a la belleza arquitectónica del conjunto.

La torre es de granito labrado. No está terminada. La cúpula es de ladrillo revocado con cal. Escalera de caracol perfecto, con pasamanos de piedra. A los 30 escalones está la puerta del coro. En él vemos el armazón de un órgano. Lo sostiene una bóveda herreriana del año 1601.

Tiene la iglesia en el pavimento varias lápidas funerarias. La más antigua está empotrada en la pared, cerca de la puerta de la parte del Evangelio. Tiene los caracteres en relieve. Mide 1'10 m. de largo por 38 cm. de ancho. Su traducción parece ser: Antonio Esla, la de su hijo Antonio, murió año de Jesucristo 494.

El maestro general de obras de la iglesia fué Diego de Carreda y el imaginero Pedro de Somontes.

AURELIO MARCOS MONTERO



~~~~~  
**PARA suscribirse a «ALCÁNTARA»**

basta con llamar los días laborables al teléfono  
 n.º 1584, desde las diez a las trece y media horas.

## Tríptico sencillo

A Covarsí que se immortalizó al perpetuar con su arte las tierras y los hombres de Extremadura.

### PASADO

Alguien dijo y yo lo oí:  
 «Con pincel de Zurbarán  
 solo pinta Covarsí.»

### PRESENTE

Que se entierre el rabadán,  
 que se pierdan los rebaños  
 sin saber a donde van,  
 que el zagal de pocos años  
 desangre su vida inquieta,  
 que duerma cansino el perro,  
 que se enrancie la escopeta  
 que el montero de anguarina  
 no vuelva a ser cazador  
 y que se torne la encina  
 ceniza del labrador...

¿Y qué importa todo eso  
 si ya son eternidad,  
 si en los lienzos queda el beso  
 del amor y la verdad?

### FUTURO

Todos se expresan así:  
 ¡«Con pincel de Zurbarán  
 sólo pintó Covarsí!»

FERNANDO BRAVO